

LOS BIENES SON PARA HACER EL BIEN

EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Con el dinero, tan lleno de injusticias, gánense amigos que, cuando ustedes mueran, los reciban en el cielo» (Lc 16, 9)

***

Madre nuestra: tú fuiste elegida para ser la madre del Hijo de Dios, el Rey del universo. Tenías todo el derecho de exigir ser tratada con privilegios, viviendo rodeada de las riquezas del mundo.

Sin embargo, el Santo Evangelio nos deja claro que viviste pobremente, desde el momento que aceptaste asociarte en todo a tu Hijo Jesús, para llevar a cabo la obra de la redención.

Y tu Hijo, siendo rico, nació pobre, vivió pobre y murió pobre, completamente desprendido de las cosas del mundo, para darnos testimonio de la importancia de tener el corazón libre, para saber utilizar

los bienes sólo para fines buenos, que nos lleven a Dios, viviendo la caridad con los demás.

Enséñanos, Madre nuestra, el valor de la pobreza, para tener siempre presente que los tesoros se deben acumular en el cielo.

Hijos míos: todo bien viene de Dios, y todo bien debe ser utilizado para glorificar a Dios. Hay bienes que les sirven a ustedes para hacer muchas injusticias. Lo que es bueno lo transforman en malo por su falta de virtud, por sus vicios y sus pecados, por las malas intenciones de sus corazones, que los tienen al mundo encadenados.

Sean astutos y sencillos, y todos los bienes que tengan pónganlos al servicio de Dios. Usen el dinero y las riquezas que poseen para ayudar a los demás, haciendo la caridad con el necesitado, conduciendo almas al cielo, procurando con ellas crear lazos de amistad en Cristo.

Sírvanse de los bienes para hacer el bien, y no permitan que, a través de los bienes, el demonio los tiente y los haga caer, porque un bien que se sirve de ustedes para hacer el mal los esclaviza.

El Señor les ha dado libertad, les ha revelado la verdad para que sean libres. Agradezcan los bienes que tienen, y cuídense de servir a Dios y no al dinero. Procuren permanecer en la fidelidad al Señor y a su amistad, despreciando los bienes terrenos, sirviéndose de ellos para acumular tesoros en el cielo.

Sólo a Dios deben adorar. A ningún ídolo deben considerar para idolatrar. Nada ni nadie puede darles lo que Dios les da. Uno sólo es el Señor, uno sólo es el Dios verdadero. No se dejen engañar por falsos profetas, ni por ideologías que prometen transformar el mundo entero en el paraíso. Uno sólo es el Paraíso verdadero, el que Jesús prometió, y es eterno.

Contemplen al Hijo de Dios, el crucificado, que de todo ha sido despojado. A todo renunció. Incluso hasta su vida por ustedes dio, para salvarlos. Y a los tres días resucitó, para

darles vida, para renovarlos, para mostrarles el camino. Él es el camino y su único amo.

Ustedes, hijos míos, son cristianos, son hijos de Dios, han sido por el Espíritu Santo bautizados. No actúen como los paganos, no ofendan a Dios, uno y trino, que les ha dado la fe, la esperanza y el amor. Les ha dado la vida, el aire que respiran, Él es su Creador, el dueño de sus vidas que merece toda alabanza y adoración.

Nadie puede servir a dos amos. Los hijos de María, la Madre de Jesús, sirven al Señor, su Dios, su único Amo y Señor. Quien así no lo hiciere, no es digno de llamarse mi hijo, y no podrá entrar a participar del Reino eterno del único Dios verdadero por quien se vive.

Conviértanse, es tiempo. Yo piso la cabeza de la serpiente. Aprovechen la oportunidad que Dios les da de acercarse a mí para aprender ¡a servir al Rey!

(*En el Monte Alto de la Oración,* n. 6)

¡Muéstrate Madre, María!

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes